

Consideraciones sobre la literatura colombiana

NUESTRAS RELACIONES CON ESPAÑA

A lo largo del siglo XIX nuestras relaciones con España sufrieron varias alternativas de acercamiento y relajación. Es claro que, durante los años que precedieron a la emancipación, esas relaciones fueron, más que tirantes, franca y declaradamente hostiles. Y así tenía que ser. La guerra de la independencia necesitó primero un clima moral de odio hacia España, y ese clima lo formó casi exclusivamente la literatura bolivariana, plagada toda ella de expresiones deprimentes o insultantes contra el gobierno de España, y contra los españoles, como ciudadanos del mundo. El español era, por entonces, la encarnación de todas las malas cualidades de la especie humana, como la había sido en el siglo XVI para los pueblos de Europa, como Italia, donde el soldado de la península entraba violentamente a cometer toda clase de desafueros. Ningún hombre de armas fue tan temido durante el Renacimiento como el español. Era audaz, desalmado, sensual y arrasador, todo por jactancia personal, quizás no por verdadero instinto de crueldad. Quería hacerse temer por pura arrogancia, no porque poseyese arraigado en el espíritu el afán de dominio, de superioridad, o la codicia del dinero. Tanto es esto así que, llegada la ocasión, ese mismo soldado arrojaba a manos llenas el oro, renunciaba a las prerrogativas, hacia caso omiso de los honores, y entraba al convento o se convertía en mendigo trashumante, con la sola circunstancia de que las heridas y lacras que ostentaba no eran pintadas, como las de muchos de sus colegas en andanzas picarescas, sino logradas en Flandes, en Italia o en las remotas Indias.

Aquí también, a raíz de la gesta emancipadora, el nombre español fue odiado de muerte, no obstante la política de conciliación que, por esos mismos momentos, quisieron iniciar con la madre patria espíritus de larga visión, como Nariño. Cuatro años después de la batalla de Boyacá, escribía Nariño, con el seudónimo de Enrique de Somoyar, unas famosas cartas, fechadas en la propia España, donde se le aconsejaba a la monarquía abandonar todo intento de reconquista política, y sustituir la perdida dominación material por un intenso intercambio comercial y económico. La idea era audaz en tales momentos, pero era lo mejor que podía aconsejarse a España. Ninguno de los políticos españoles miró tan lejos como Nariño. Piénsese en el desarrollo de ese proyecto, y se verá cómo la política internacional de Nariño con respecto a la Península era más favorable a España que a las propias colonias recientemente emancipadas. A favor del comercio, España habría mantenido sobre estos pueblos un ascendiente y un prestigio mucho más efectivo que todas las ventajas del coloniaje; y estos pueblos, contentos en el fondo con la libertad política, habrían aceptado de hecho la servidumbre económica, más gravosa en el fondo que la otra, pero menos propensa a despertar la rebelión de las masas. Un pueblo sacude el peso de una monarquía fácilmente, pero no el de una deuda pública. Cambia de la noche a la mañana un determinado estado político, pero no modifica con la misma facilidad sus relaciones comerciales. Si el consejo de Nariño es seguido por España, realmente las colonias habrían seguido sujetas a la Península por lazos distintos, pero siempre sujetas. Desgraciadamente, los vínculos económicos no tenían en aquellos tiempos la efectividad de ahora, y los pueblos se gobernaban por mandatos jurídicos y prescripciones políticas.

Deshecha, pues, esta posibilidad de acercamiento a España, establecióse hondo abismo entre las antiguas colonias y la Península, abismo que la literatura de la época se encargó de mantener siempre abierto. El canto a la Victoria de Junín es una embestida contra España, tan grave como la que sufrieron en los campos de Batalla del Nuevo Reino de Granada las huestes del rey Fernando Séptimo. Y entre nosotros

no lo fueron menos, en cuanto a la calidad del ultraje, que no en lo relativo a la fuerza lírica de la inventiva, las odas de don José Fernández Madrid. Por cierto que, años más tarde, don Marcelino Menéndez Pelayo, al estudiar las literaturas hispanoamericanas, tomó dura represalia contra Fernández Madrid, a quien juzga en los términos siguientes:

“Fernández Madrid, que no tenía temple de héroe ni vocación de mártir, no sólo se rindió al pacificador Morillo sino que, en humildísima representación, fingió retractarse solemnemente de sus antiguas ideas, y aun afirmó que sólo por evitar mayores males y facilitar la sumisión del país, había consentido en ponerse al frente de la insurrección. Esta representación, según el dicho atroz del historiador Restrepo, le salvó la vida pero no el honor. El doctor Madrid se quedó tranquilamente en la Habana ejerciendo su profesión y haciendo versos, y cuando triunfó la independencia en Colombia, Bolívar no tuvo reparo en enviarle de Plenipotenciario a Londres, donde residió hasta su muerte, acaecida en 1830. Con estos antecedentes cualquiera puede dar su justo valor a las feroces diatribas contra España; que son el tópico principal de las odas del doctor Madrid. La firmeza que en actos públicos le había faltado, quiso compensarla desde el quieto y seguro asilo de Londres con alardes declamatorios de un miso-hispanismo frenético, creyendo que con esto tenía bastante para que los patriotas de Colombia olvidasen su historia. Nadie abusó tanto como él de los tres siglos de servidumbre, de la ferocidad castellana nunca saciada de sangre, de la eterna ignominia del déspota ibero, del feroz cetro del león quebrantado por la libertad. Relegó a España a vivir en el rincón tenebroso, incierto entre el África y la Europa, y para sus soldados, ante los cuales había huído y se había humillado en 1816, nunca tuvo más blandas calificaciones que las de bandidos, prófugos, salteadores infames de caminos, ciervos, tigres y otras lindezas. Las odas de Madrid son de la más hueca e intolerable patrioteria, una sarta de denuestos en estilo declamatorio. Los mismos críticos americanos han llegado a reconocerlo, y el juicio de los hermanos Amunátegui, por duro que parezca, es en esta parte inapelable, y ha hundido para siempre al poeta carta-

genero, astro de falsa luz, que sólo pudo deslumbrar un momento a los que equivocaban la verdadera grandeza con el énfasis bombástico. Ave de vuelo rastrero, jamás asciende a la región tempestuosa a donde sube la canción de Olmedo o de Quintana, etc., etc.”

Ya puede juzgarse por este juicio, del cual he extractado apenas algunas frases, cuáles serían los sentimientos de los americanos con respecto a los hijos de la Península en aquella época. Si muchos años después de las odas de Fernández Madrid, Menéndez Pelayo al leerlas se sentía realmente herido en su amor patrio, pues no de otra manera se explica la acerbia con que trata al ilustre hijo de Cartagena, ¿qué no experimentarían en su ánimo los lectores españoles de esa literatura, inmediatos a los sucesos históricos que en ella se excecran y comentan?

Pero las grandes pasiones suelen desgastarse por la fuerza misma de su violencia. Los vínculos de sangre, de lengua, de religión, triunfaron por encima de los resentimientos políticos, y poco a poco se calmaron los ánimos, y, lo que antes había sido hostilidad, se convirtió en tregua pacífica y, más tarde, en franca y sincera armonía.

Pero fueron las letras, y, en un más amplio sentido, las humanidades, las que vinieron a anudar nuevamente los lazos antes rotos, y a tender un seguro y amplio puente de amistad, de comprensión y de cariño, entre España y sus antiguas colonias. Miguel Antonio Caro fue el heraldo de esa empresa gloriosa de la reconciliación con España, y al lado suyo, un grupo de espíritus nutridos en las vastas fuentes de la filología y de la historia, de los estudios clásicos y del derecho. Y vino la correspondencia estrecha y continua de nuestros escritores con los ingenios españoles, y el estudio, por parte de éstos, de nuestra poesía y de nuestra novela; y, gracias a ese intercambio de fraternales emociones y de ilustradas ideas, tuvimos los juicios de don Juan Valera en sus Cartas Americanas, uno de los cuales, como es sabido, consagró a Rubén Darío, y profetizó la trascendencia de su obra; así como nos fue dado engalanar la historia de nuestra crítica literaria con los estudios de Menéndez Pelayo, sobre José Eusebio Caro, sobre Julio Arboleda, sobre José

Joaquín Ortiz, sobre Gutiérrez González, todos ellos rebosantes de entusiasmo y sinceridad, definitivos como apreciación cabal de la obra de estos autores y concebido con tal efusión intelectual que difícilmente escribió Menéndez Pelayo, sobre un compatriota suyo, página más emocionada, viril y hermosa que la consagrada al autor del Bautismo y de la Bendición Nupcial.

El escritor más autorizado para realizar la reconciliación definitiva entre España y sus antiguas provincias de ultramar era, indudablemente, don Miguel Antonio Caro. A Caro no podían considerarlo los españoles como a un americano menguado, inferior en talento e ilustración a cualquiera de los escritores de la Península, ni podían echarle en cara el ser un mestizo con humos de gran señor. Nada de eso. Caro pertenecía a lo más linajudo de las prosapias españolas, y, en cuanto a capacidad intelectual, bien podía hombrarse con el hombre más importante de esos momentos, aquel a quien los españoles consideraban como un monstruo de erudición y sabiduría: Menéndez Pelayo. De manera que la mano que de acá se tendía a España, bien podía ser aceptada desde allá por otra no menos limpia y principesca. Y así fue. La primera palabra de amistad partió, como era natural, de América, puesto que España, al fin y al cabo, no había hecho más que lo que hicieron y seguirán haciendo todos los pueblos de la tierra: procurar la conservación de sus colonias por todos los medios posibles. Pero los americanos, una vez consumada la emancipación, y como si esto no fuera suficiente, extremaron la saña verbal contra el pueblo del cual acababan de separarse, y siguieron librándose, en la prensa y en las tribunas, campañas habladas y escritas, no por incruentas menos dolorosas para la madre patria. Don Miguel Antonio Caro, pues, hizo la primera señal de paz y de amistad, y para quitarle a la guerra de la independencia su carácter de lucha entre razas y nacionalidades distintas, comenzó por decir que esa magna lucha no había sido más que una contienda fratricida, y creo que fue el primero que sentó las bases de esta revaluación histórica. Y como la lira ha sido siempre un factor de armonía entre los pueblos, ya

que el imperio del canto no reconoce fronteras, dedicó a España una Oda de severa factura, en que se lee:

*Yo desde lejos con pasión te miro
España. Tu memoria
es legado de amor. Filial suspiro
brota del pecho al recordar tu historia.
Cúlpenme desleal porque te amo.
Ah, desleal sería
si mi patria negase. Patria llamo
a la que fue de mis abuelos, mía.*

Este lenguaje debió de parecer insólito a los españoles acostumbrados a que de acá no les llegasen sino las expresiones que transcribe Menéndez Pelayo en su estudio sobre Madrid. Y no contento con esto, asegura el señor Caro, en su magnífico Himno a Bolívar, que trae a la memoria el célebre canto de Manzoni:

*Indigno de tu gloria
fuera, varón magnánimo,
el rayo que en la guerra
vibraste vengador,
si no trasfiguraras
el lampo aquel terrífico
en plácida aureola
de universal amor.
No, no todo eres nuestro.
Tu cuna asombra el Avila,
mas la tenaz constancia,
la inquebrantable fe,
virtud es de la tierra
que bate el mar cantábrico;
de vascos genitores
herencia sólo fue.
Lidió contra sí misma
crüel la raza ibérica,
mas el cielo piadoso
del mal suscita el bien.*

*Harto expiado habemos
odios, furores, crímenes,
y ya se anudan lauros
de Boyacá y Bailén.*

Para que se vea cuánta emoción despertaron en la Península estos acentos, transcribo lo que decía un periódico español de la época, *La Política*, el 15 de septiembre de 1870:

“Cuando con tanta injusticia y ciega ingratitud estamos acostumbrados a ver tratada a nuestra España por los americanos que de ella descienden, es consolador escuchar el dulce acento de una voz amiga que habla nuestra lengua y desde el mundo de Colón canta con sentido entusiasmo las glorias españolas, de cuya tradición no reniegan todos los americanos”. Estos párrafos se referían a los versos del señor Caro.

RAFAEL MAYA

Profesor de Literatura en el
Colegio del Rosario.

